

J O S E E N R I Q U E R O D O

Rodó es el escritor uruguayo que ha logrado — en el primer cuarto del 900 — la más alta consagración en Hispano - América. Dentro de su país, esa consagración ha revestido carácter de apoteosis; y las solemnes exequias oficiales celebradas con motivo del reimpatrio de sus restos — que una embajada expresa fué a buscar a Italia, — han constituido una manifestación de duelo público, antes no conocida.

Su cadáver, — como el de Hugo en el Arco de Triunfo — fué velado en la explanada de la Universidad, entre antorchas y cánticos funerarios. Se suspendieron las actividades normales de la ciudad, el ejército rindió máximos honores, la multitud rodeó respetuosa el catafalco; y en discursos y editoriales de la prensa, el autor de “Ariel” fué proclamado el más alto valor intelectual del Continente, otorgándosele, por antonomasia, el título de *maestro de la juventud de América*.

Fuera del país, el prestigio continental de su nombre sólo puede admitir parangón con el de Rubén Darío. Periódicos, ateneos, universidades, y hasta Gobiernos, de Chile a México, han reeditado o glosado su obra, y discernídole el más alto magisterio de la cultura. La bibliografía sudamericana se ha enriquecido considerablemente — en cantidad al menos, ya que no siempre en calidad... — con la

ALBERTO ZUM FELDE

abundosa publicación de *estudios* sobre Rodó, en los cuales, si suele escasear el sentido crítico — sobra en cambio, la glosa admirativa y el panegírico ferviente.

A través de esa bibliografía, aparece Rodó como el más profundo *pensador* y el más perfecto estilista de las letras latino - americanas; “Ariel” es proclamado el evangelio intelectual de la juventud del Continente; y “Motivos de Proteo” es reconocido el modelo magistral de nuestra cultura. Finalmente, se da su nombre a asociaciones, a revistas, a plazas públicas. Desde el punto de vista histórico, la gloria continental de Rodó es un hecho indiscutible y definitivo.

Ateniéndonos, pues, al hecho inconcuso de esa consagración, hemos de reconocer en Rodó al tipo representativo, en grado excelente, de la intelectualidad latino - americana en ese primer cuarto del siglo.

Llegados, empero, a estas alturas del siglo, fuerza es ya que se examinen su obra y su época con un criterio *histórico*, discerniendo con nitidez los valores intrínsecos y permanentes que puedan contener sus escritos — los que sobreviven a las circunstancias de su tiempo — de aquellos que son sólo valores transitorios, relativos a esas circunstancias, expresiones simbólicas de un determinado estado cultural, y como tales, pertenecientes a la Historia.

Consustanciada e identificada con el sentido de la obra rodoniana, la intelectualidad américo - latina de este período, estaba como inhibida de ejercer sobre ella un verdadero control crítico; la crí-

PROCESO INTELECTUAL DEL URUGUAY

tica de Rodó, significaba para la conciencia americana una auto - crítica, privilegio excepcional en ciertos individuos, y cosa imposible en los estados de alma colectivos.

La crítica supone cierta relativa objetividad, cierta distinción de entidad entre el sujeto pensante y el valor que se estima. Y para la mentalidad americana, de 1900 a 1925, más o menos, el espíritu de Rodó era su propio espíritu y el sentido de su obra su propio sentido de la cultura; sus virtudes eran sus mismas virtudes, y sus defectos sus mismos defectos; Rodó era su intérprete y su signo.

Afirmar que hoy se puede, — hasta cierto punto — considerar la personalidad y la obra de Rodó con objetividad crítica, es afirmar implícitamente que, la intelectualidad americana se encuentra ya en posición algo distinta a la predominante en el primer cuarto del siglo, apenas ido. Y, en efecto, nuevas corrientes filosóficas, nuevos hechos históricos también, han suscitado ciertos cambios, de rápida acentuación, en el criterio y en la orientación de los núcleos intelectuales más evolucionados de esta América. Es desde estas nuevas posiciones que es ya posible encarar la apreciación de Rodó, más objetivamente.

*

* *

Nació Rodó en el año 1872, de modo que llegó a su mocedad intelectual en esa hora incierta en que la quiebra del idealismo romántico, — que fuera el credo de la generación anterior — arrollado

ALBERTO ZUM FELDE

por el avance dominador de las doctrinas científicas, enseñadas desde el 90 en la Universidad, había dejado sin verdaderas fuerzas morales inspiradoras y sin orientaciones definidas a la juventud que aparecía en el crepúsculo del Siglo, bajo el signo astrológico de un Positivismo frío, vacío de últimas razones.

Aunque su madre, — señora de la vieja familia patricia de los Piñeyro — era buena católica, como toda dama de aquel tiempo, no era precisamente una devota, y el futuro escritor tempranamente huérfano de padre, educóse, de niño, en la escuela “Elbio Fernández”, — aquel instituto laico y racionalista que fundara la asociación *Amigos de la Educación Popular*, en oposición a la enseñanza religiosa, de herencia colonial, dominante hasta entonces, y en el cual se daba la instrucción más completa y de más avanzados métodos pedagógicos de su tiempo.

Completada su instrucción primaria, y ya apartado de la fé católica de sus padres, ingresó en la Universidad a los catorce años.

Sus estudios de Secundaria fueron malos; tímido en los exámenes, distraído por lecturas ajenas a los cursos, en guerra con la química, la lógica y las matemáticas, se atrasó y acabó desertando de las aulas, lejos aun de completar su bachillerato. Mediocre en todas las materias, sólo en Literatura rindió un examen brillante, mereciendo la admiración de profesores y alumnos, que ya vieron en él decidida su vocación de *hombre de letras*.

Libre de las disciplinas oficiales, se entregó entonces por completo a las lecturas que le atraían,

PROCESO INTELECTUAL DEL URUGUAY

guiado sólo por su intuición de autodidacta. Sus primeros entusiasmos fueron para la historia literaria del Plata; Andrés Lamas y José María Gutiérrez imantaron su atención estudiosa, y para ellos fueron sus primeras páginas de crítica, poco después publicadas en la Revista Nacional. En sus artículos, acerca de la acción de Lamas en “El Iniciador” y de la función cultural de Gutiérrez en su época — editados más tarde, conjuntamente con otros estudios, en “El Mirador de Próspero”, — se revela ya su alta tendencia al magisterio americano, así como el carácter ecuánime y ecléctico de su pensamiento.

Una doble afinidad le lleva, muy joven aún, hacia aquellas dos figuras de didactas, las más moderadas y graves entre todas las que ejercieron influencia política y cultural en su tiempo. No a Sarmiento, le llevaba su afinidad, — demasiado desordenado e impetuoso; no a Alberdi, demasiado radical y descarnado en sus ideas y sus juicios; no a Juan Carlos Gómez, demasiado lírico y quijotesco; sus imperativos temperamentales le acercaban a aquellos dos que, unidos en la “Revista del Río de la Plata”, adoptaron una posición intelectual siempre ecléctica y conciliadora entre la tradición histórica y las innovaciones sociales, entre la libertad romántica y la medida clásica, entre la originalidad autóctona y la cultura europea, entre los avances de la ciencia y los principios de la religión; tanto que, el espíritu de la obra de Rodó puede considerarse, en cierto modo, como una prolongación del de aquellos dos prohombres platenses, conformado a las condiciones distintas de la época. La

ALBERTO ZUM FELDE

misma gravedad magisterial, la misma ecuanimidad armoniosa, que eran normas directrices de aquellos, normalizan la acción y la obra de éste. Ese encuentro con Lamas y Gutiérrez, define en el joven de veinte años las características intelectuales de toda su vida.

Los autores y las ideas que ejercen influjo sobre la joven mentalidad en desarrollo, son siempre aquellos que tienen íntima afinidad con la índole, manifiesta o latente, del individuo. Si alguna influencia distinta o contraria a esta índole propia se deja sentir, su acción es precaria y pasajera. Las influencias que perduran y arraigan, son las que responden al propio temperamento. Hay siempre una idiosincracia intelectual previa, una pre - destinación inherente, que determina toda influencia normativa. Así, puede comprobarse que las primeras sugerencias que obran sobre la mentalidad de Rodó, dan la clave de su propio temperamento.

Cuando, de esos antiguos escritores platenses, pasa el joven Rodó a enfrascarse en el estudio de los pensadores europeos, sus predilectos son aquellos en quienes encuentra respuesta a sí mismo. De sus largos encierros solitarios en la biblioteca del Ateneo, donde traba conocimiento con toda la filosofía y la crítica del siglo, sólo anuda amistad íntima con algunos, que han de ser sus compañeros y sus consejeros inseparables durante todo el viaje intelectual de su vida.

De todos, es Renán quien más íntimamente armoniza con su idiosincracia; el joven escritor encuentra en él la pauta de sí mismo; y desde ese instante el maestro que "*posee como ninguno entre los*

PROCESO INTELECTUAL DEL URUGUAY

modernos el arte de enseñar con gracia” será su guía seguro en aquella oscura selva laberíntica de la cultura contemporánea, tan rodeada de problemas.

Muchos otros pensadores aportaron elementos distintos a su vasta cultura, pero Renán es como la norma que a todos los armoniza. Platón y Marco Aurelio entre los antiguos; Taine, Carlyle, Guyau, Emerson, entre los modernos, atrajeron su amor, despertaron su entusiasmo, y dejaron en su mentalidad y en sus páginas, huellas hondas; pero Renán — de quien hará, a poco, en “Ariel”, la más férvida apología — es el nudo que les ata, la clave de su arquitectura.

Todo induce a creer que fué la lectura del “Calibán”, drama filosófico del escritor francés, lo que sugirió a Rodó el empleo de los símbolos de “La Tempestad” shakespeareana, interpretados por Renán precisamente en el sentido que asumen en “Ariel”. En el drama filosófico - político de Renán, el viejo mago Próspero, representación de la Intelectualidad y la Sabiduría, es vencido y su plantado por Calibán, encarnación del más grosero sensualismo y también símbolo del pueblo ignorante, significando así mismo, en este caso, el triunfo de la Democracia igualitaria y *materialista*, sobre aquel gobierno aristocrático de los sabios, en que Renán ingenuamente soñaba. “Ariel” es, en gran parte, una respuesta — y quiere ser una solución — a los problemas planteados por Renán en esa obra; y especialmente al conflicto entre la Democracia y la cultura.

ALBERTO ZUM FELDE

El Ateneo era, ya entonces, bajo su oscura cúpula de gliptodonte, un monumento silencioso y vacío, como un mausoleo: era, en verdad, el mausoleo de una época. La generación intelectual que le dió vida, proveya ya, entregada a la política, al foro, a la diplomacia, frecuentaba muy poco su recinto. La nueva generación no se congregaba en él. Y en su vasta biblioteca solitaria, Rodó era el único visitante. Del 95 al 900 estábanse allí estudiando días enteros; y ya al anochecer, salía a la calle envuelto en el silencio de los libros, ensimismado y reflexivo como el Enjolrás de su discurso, dialogando con la sombra augusta de Renán, que, en medio al *áspero contacto de la multitud*, le acompañaba... En ese silencio de la biblioteca del Ateneo nació "Ariel", — genio alado y gracioso desprendiéndose de la densa y pesada materia — cuya publicación en 1900 le conquistó, casi de inmediato, nombradía continental y una alta posición en su país.

Ya sus artículos de la "Revista Nacional" — a los que hacemos amplia referencia en otro capítulo—habíanle granjeado cierto prestigio incipiente. En 1898, el Dr. Vázquez Acevedo, por tercera vez Rector de la Universidad, le confió directamente la cátedra de Literatura, que desempeñó por algún tiempo, dictando algunas clases de alto interés, aunque en general no puede decirse que fuera, como catedrático, excelente; sus facultades eran más de escritor que de profesor. Unos apuntes de su clase, publicados más tarde por una librería de España, parecen ser infieles y aun, en parte, apócrifos, no sólo por su flojedad, sino por el tono agre-

PROCESO INTELECTUAL DEL URUGUAY

sivo y chabacano de algunos pasajes, cosa incompatible con las normas y los gustos de Rodó.

Distraíanle, además, de la cátedra, sus propios trabajos literarios. Precisamente por entonces, escribía sus ensayos de crítica sobre “La Novela Nueva”, sobre Rubén Darío y otros, ensayos éstos, que dada su manera de elaborar — absorbente y prolija — llenarían principalmente sus días.

Era ya entonces, el autor de “Ariel”, en aquella su mocedad grave, la misma persona reconcentrada y solitaria, tímida y desgarbada, que llegó más tarde a la celebridad. Su figura física, — que sus amigos juveniles nos han trasmitido, coincidiendo en todo con aquella, más conocida, de su madurez, nos lo presenta como un tipo linfático en grado extremo; el cuerpo grande pero laxo, el andar flojo, los brazos caídos, las manos siempre frías y blandas, *como cosas muertas, que al darlas parecían escurrirse*. . . Carecía de toda energía corporal; sus mismos ojos, miopes y velados tras los lentes, no tenían expresión. Toda su vida era interior y no se transparentaba en su persona; sólo en la conversación era posible sospechar en aquel hombre pesado y gris, al escritor.

De ese su linfatismo orgánico procede, en gran parte, su extrema timidez, casi enfermiza en su mocedad, y que más tarde, ya en sus años de gloria, logró disimular hasta cierto punto, tras la máscara inexpresiva de su rostro, escudado en el respeto que donde quiera le rodeaba. Esa misma timidez, acaso, ese fatal encogimiento físico, le apartó siempre del trato mundano y el amor de las mujeres, sin que, mentalmente, tuviese nada de incivil ni de

ALBERTO ZUM FELDE

misógeno. Flaco en su juventud, aunque sin garbo, engrosó algo con los años, pero de una grosura fofa, como una hinchazón; y su cara pálida se abotagó como la de los bebedores, aunque sus íntimos aseguran que era abstemio.

*

* *

Había concebido Rodó, hacia el 95, la publicación de una serie de Ensayos de crítica literaria y filosófica, con el título común de “La Vida Nueva”. Sólo llegó a publicar dos opúsculos: “La Novela Nueva” (incluyendo “El que Vendrá”), y “Rubén Darío”. “Ariel” ya no fué publicado como integrante de esa serie proyectada y trunca.

“La Novela Nueva” es comentario a las llamadas *Academias*, las novelas cortas que Reyles había empezado a publicar, adoptando la modalidad “psicológica”, posterior en Europa al simple realismo, y de la que eran insignes cultores Barrés, Bourget, Wilde, D’Annunzio. En verdad, lo que da motivo al opúsculo crítico de Rodó no son las novelitas mismas, sino el prólogo de la primera de ellas, “Primitivo”, editada en el 96, — prólogo en el cual Reyles, al expresar sus intenciones, se hace portavoz del modernismo estético.

Concuerta Rodó con Reyles en las intenciones de una estética literaria nueva; mas, refuta los radicalismos en que aquél, dice, incurre, con respecto a las tradiciones literarias, y especialmente en lo que se refiere a la novela española de su tiempo.

PROCESO INTELECTUAL DEL URUGUAY

La ecuanimidad y la conciliación, características siempre del juicio de Rodó, aparecen ya definidas, ensayándose en la crítica de lo contemporáneo.

Dos años después aparece su ensayo sobre Rubén Darío, — cuando el poeta acababa de embarcarse, rumbo a España, llevando a allá los fermentos del Modernismo, — y el renombre del crítico comienza a cundir por los centros intelectuales de habla española, llamando la atención de Valera y de Clarín, que eran entonces, en Madrid, los árbitros de las letras hispano - americanas. Ciertamente que, lo más admirable en ese ensayo es la riqueza y la eufonía del estilo, influenciado por las modernas formas francesas. Si Rubén Darío es el primer poeta en castellano que le ha torcido el cuello a la elocuencia, Rodó, su primer crítico, es también el primer prosista que, en lengua castellana, escribe sin énfasis oratorio.

En cuanto primer estudio crítico serio de Rubén Darío, — es decir, primera interpretación y valorización de su poesía — el de Rodó representa la consagración del Modernismo, aun en situación algo indecisa frente a lo tradicional, en el ambiente literario hispano - americano. Verdad que esa valorización ya no es, en gran parte, actual a tiempo de escribirse esta Historia, por cuanto el mundo ha dado, desde entonces, muchas vueltas, y nuestra posición intelectual de 1930 es muy distinta a la que era al finalizar el siglo pasado. El mismo Rodó miraba ya ese trabajo, en sus últimos años, con cierto desvío.

Ese trabajo tiene sin embargo un gran interés histórico, por cuanto marca la posición de la con-

ALBERTO ZUM FELDE

ciencia americana frente al fenómeno literario del Modernismo, y en especial de Darío, en todo el período de su vigencia. Por lo demás, no hubo, en todo él, y apesar de lo mucho que se escribió al respecto en América y en España, valorización crítica superior a esa de Rodó; y así lo comprendió el mismo Darío al hacer insertar como prólogo de la segunda edición de "Prosas Profanas" — publicada por la casa Bouret, de París — ese estudio del crítico uruguayo, que en tal ocasión, y por una injustificable anomalía, apareció sin su firma.

Mas, fué después de publicado "Ariel", en el año 1900 — y en virtud de la vasta resonancia que alcanzó en la opinión de América y de España, que la personalidad intelectual de Rodó quedó ya consagrada en adelante como la primera del país. Y aunque su intervención en política había sido leve, — y más bien llevado por sus amigos—el prestigio intelectual de su nombre hizo que el Viejo Cuestas le incluyera en la lista oficial de diputados para el período 1902-1905 — pues, en ese tiempo, los Presidentes eran los únicos electores efectivos, — cargo aquel que volvió a ocupar igualmente por otros dos períodos, en 1907 y en 1911.

No fué Rodó un parlamentarista de actuación muy brillante ni muy activa; no era orador de verba fácil y elocuente, ni polemista ágil en la esgrima de la dialéctica; era nada más que un escritor, y el carácter de su intelectualidad no se adaptaba al parlamento ni a la política. Pronunció, en algunas ocasiones, algunos buenos discursos, enjundiosos y elegantes; y suyos son, así mismo, algunos buenos proyectos de Ley, de orden cultural.

PROCESO INTELECTUAL DEL URUGUAY

Mas, en general, su presencia parlamentaria fué un tanto pasiva; y a menudo, durante las sesiones, parecía como ensimismado en su poltrona: estaba ausente.

Llevó al terreno de la política su índole tolerante y sus normas conciliadoras, alejándose con horror de toda lucha de radicalismos, para adoptar siempre las posiciones moderadas, intermedias. Su culto renaniano del aristocratismo intelectual lo alejaba, por otra parte, de las asperezas poco estéticas de la democracia callejera.

Hacia el año 1912, sufrió una lamentable injusticia; fué pospuesto en una Embajada que iba a España en celebración de las Cortes de Cádiz, por un personaje del círculo gubernativo, persona culta y correcta, pero carente de la personalidad intelectual de Rodó. Es indudable que la presencia de Rodó como embajador intelectual, en aquella solemnidad hispano - americana, hubiera tenido, para él y para el país, un alto significado. Esa injusticia fué de las que le hirieron más profundamente, dejando en su espíritu una borra amarga de rencor. Se alejó definitivamente del partido gubernativo, figurando desde entonces en los círculos de la oposición; pero no volvió a ocupar cargos políticos.

El rasgo más culminante de su actuación en la vida pública, es su polémica de 1905, con motivo de haberse ordenado quitar de los hospicios del Estado, los crucifijos que hasta entonces figuraban en cada sala. Los varios artículos que, en tal ocasión escribiera Rodó en la prensa, polemizando con el *leader* anticatólico Don Pedro Díaz, forman el fo-

ALBERTO ZUM FELDE

lletto "Liberalismo y Jacobinismo", primera cosa que editara el autor después de los cinco años transcurridos de la aparición de "Ariel".

Los conceptos de esa polémica, son la aplicación al caso especial, de su posición general ecléctica y de sus invariables normas conciliadoras. Liberal en cuanto rechaza el imperialismo dogmático de la Iglesia, rechaza así mismo, como intolerancia jacobina, toda actitud de hostilidad contra la Religión. No cree él, personalmente, en la divinidad de Cristo ni en lo sacramental de su doctrina; su Jesús es el mito poético - filosófico de Renán; pero cree que el Crucifijo, como símbolo de la caridad cristiana, está bien en las salas de los hospitales de la Nación.

Partidario en principio del Estado laico, y de la más completa libertad de cultos, entiende que el laicismo puede y debe armonizarse con el respeto a la tradición católica. En fin, quiere conciliar el liberalismo racional con el sentimiento religioso, como ya en "Ariel" había querido conciliar el paganismo helénico con el cristianismo judaico, y la democracia institucional con la aristocracia de la cultura.

En 1907 aparecen "Motivos de Proteo", denso libro fragmentario en que venía trabajando con intermitencias desde la aparición de "Ariel"; y en 1915 "El Mirador de Próspero", compilación de todos sus trabajos de diverso género — históricos, críticos, didácticos, parlamentarios, periodísticos, — escritos desde 1895 hasta la fecha de la edición, y algunos de los cuales ya habíanse publicado en revistas nacionales y extranjeras.

PROCESO INTELECTUAL DEL URUGUAY

Hacia 1914 el carácter de Rodó sufrió una profunda crisis de melancolía. Nunca había sido muy sociable, pero entonces tornóse ya misántropo. Del encierro habitual en su casa salía para dar paseos solitarios, esquivando el trato con la gente. Solía vérsese, por las noches, deslizándose como una sombra por las calles apartadas, enfundado en su jaquet negro. Nunca su nombre había alcanzado más prestigio en toda Hispano - América; nunca su vida había sido más triste y derrotada. Sólo quería huír, viajar, irse a Europa, mas no contaba con recursos propios; y malquistado con los círculos oficiales, no podía esperar tampoco cargos diplomáticos. Al fin obtuvo por mediación de un viejo amigo obsecuente, una modesta corresponsalía en Europa, de la revista porteña "Caras y Caretas".

Al saberse que se iba en tal carácter, parte de la opinión uruguaya reaccionó; se le ofreció — por sanción legislativa — una Cátedra de Conferencias, expresamente creada: la rehusó; su decisión de irse de cualquier modo, era irrevocable. Se embarcó pues, despedido por una manifestación numerosa que, del Círculo de la Prensa, lo acompañó hasta el muelle. Después de todo, a ningún escritor se le había hecho, en el país, tal despedida. Por manera que la actitud del país hacia Rodó, en esa época, es doble, y aparentemente contradictoria. Por un lado se le rendían especiales homenajes, por otro, tenía que irse a Europa como simple corresponsal de una revista extranjera. La explicación de todo ello hay que buscarla en lo político.

Desde 1913, Rodó se había pasado con armas y bagajes a los círculos conservadores de la Oposi-

ALBERTO ZUM FELDE

ción — que utilizaron ante la opinión pública su prestigio intelectual — escribiendo y actuando contra el partido y los hombres del gobierno. Era natural, pues, que nada pudiera esperar del Gobierno en tales circunstancias.

Corrían los tiempos de la Guerra Europea y toda la atención mundial estaba concentrada en sus acontecimientos. El escritor, ya en viaje, hizo un pasaje fugaz por Barcelona y por Madrid, donde no obtuvo, pese a la acogida cordial y respetuosa de algunos pequeños círculos intelectuales, no los más representativos, los homenajes que, acaso en oportunidad más propicia hubiéransele tributado, dada su nombradía.

En Italia, a donde se dirigió luego, su presencia pasó totalmente inadvertida. Cumpliendo su misión de corresponsal, envió a la revista porteña algunos artículos de reflexiones estético - filosóficas sobre arte clásico — inspiradas por la misma idealidad humanista de “Ariel” y “Motivos de Proteo”, tanto que pudieran ser capítulos de este segundo — y que manos anónimas recogieron después editándolas en un volumen póstumo, titulado “El Camino de Paros”.

Algo enfermo ya, desde su partida, intentó en Montecatini, célebre estación salutífera, una cura de aguas; pero su mal se agravó repentinamente hallándose en Palermo. Los médicos del hospital a que le condujeron, ya moribundo, mostráronse indecisos en diagnosticar tifus o uremia; pero sábase que, de todos modos, ya se sentía enfermo de tiempo antes y que en Milán había consultado médicos.

PROCESO INTELECTUAL DEL URUGUAY

Sus últimos días fueron sombríos: se pasaba largas horas inmóvil, sumido en una especie de tristeza o sopor, ajeno a todo, sin hablar con nadie. Contaron las gentes del hotel — para quienes era un extranjero desconocido, — que daba la impresión de un hombre abrumado por un gran sufrimiento, siendo extremo el abandono a que llegara, de su propia persona. En tal abandono y en tal sufrimiento, no ha de verse sólo una causa espiritual, sino también, y principalmente, física.

Poco antes, había tenido como una rara intuición de su cercana muerte. Visitaba la Gruta Azul, en Capri, tan famosa, donde es preciso para entrar tenderse en la barca; así tendido, y en el silencio que acompañaban los remos, tuvo la sensación de que era aquella una barca funeraria, que lo llevaba sobre las aguas mudas de la Estigia, sombra ya, al reino de las sombras. Tal sensación motivó su última página. Dejó de existir pocos días después, en Setiembre de 1917. El reimpatrio de sus restos se hizo, terminada la Guerra, en Febrero de 1920, — dando lugar a aquella apoteosis nacional ya referida.

*

* *

Al aparecer “Ariel” en el año 1900, el espíritu de los países latinos de esta América sufría una grave crisis histórica. Al norte, se levantaban, dinámicos y poderosos, los Estados Unidos, en cuya fragua titánica la energía anglo - sajona se había

ALBERTO ZUM FELDE

renovado, forjando sólo en el transcurso de un siglo el pueblo de mayor empuje de los tiempos modernos.

El contraste entre el enorme desarrollo de la América sajona y el lamentable atraso de la latina, era el problema pendiente sobre la conciencia de los sudamericanos, y el tópico obligado de todas las disquisiciones histórico-sociales. Ya, desde hacía algunos lustros, los dos sociólogos más eminentes que hayan tenido estos países: Sarmiento y Alberdi, habían proclamado el triunfo histórico de los pueblos sajones sobre los latinos, y la necesidad, para nosotros, los sudamericanos, de adoptar las normas de los Estados Unidos del Norte, reaccionando contra los viejos vicios hispánicos que nos legara la Colonia.

Los años que transcurrían no hacían más que agudizar la crisis. El espectáculo no podía, en verdad, ser más desconcertante. Aquí, en el Sur: campañas despobladas, ciudades muertas, plebes ignaras y piojosas; irresponsables los gobiernos, fluctuando entre la anarquía y el despotismo, a merced del caudillismo y de la cuartelada; parálíticas las industrias y mendicantes las finanzas, viviendo por entero de la importación y del préstamo transatlánticos; abrumador el parasitismo oficial y cínica la inmoralidad administrativa; endémicas la retórica, la pereza y la abulia — así en la juventud universitaria como en la chusma mestiza; — y, como consecuencia de todo ello, el concepto exterior de nuestra incapacidad para la propia sustentación y el propio gobierno, que nos hacía aparecer como países necesitados de una tutela.

PROCESO INTELECTUAL DEL URUGUAY

Allá, en el Norte: Estados densamente poblados, cultivados e instruídos; la libertad democrática y el orden institucional más sólidamente realizados que en la propia Europa; la producción industrial y la actividad financiera compitiendo con las mayores del mundo; la energía privada y el *self gouvernement* demostrando un desarrollo positivo de la voluntad y del carácter; y, en consecuencia, un país que se coloca por su potencialidad interna en el rango de las potencias internacionales.

El fracaso de la América latina parecía un hecho evidente y las causas de ese fracaso no parecían ser otras que los caracteres hispánicos y latinos de nuestros pueblos. Confirmaba este concepto la primacía que en todos los órdenes de la vida real habían conquistado los pueblos sajones del norte de Europa, con respecto a los latinos del sur, lo que había determinado la universalidad de esa crisis de la cultura latina tradicional, que aquí en América experimentábamos en doble forma, complicada con factores propios. En Francia, en Italia y aún en España, escritores de prestigio planteaban el mismo problema de la quiebra histórica del latinismo, demostrando la superioridad de la cultura sajona y la necesidad de adoptar sus normas positivas si se quería salvar a estas naciones de su decadencia.

A tales sugestivos factores, aunábase el triunfo filosófico de las doctrinas positivistas, sobre las ruinas de las idealidades románticas, y el destierro de los viejos principios metafísicos. Este positivismo filosófico propiciaba en cierto modo el culto

ALBERTO ZUM FELDE

del otro positivismo práctico, de que los pueblos sajones, y en especial los Estados Unidos, eran ejemplos.

En tal momento aparece “Ariel” como una afirmación de los valores tradicionales del humanismo greco-latino, frente a la brutal soberanía del hecho sajón. “Ariel” es la ansiada respuesta de la América hispana al positivismo imperioso de los Estados Unidos, la justificación de sus caracteres raciales, la compensación de su atraso práctico, el blason de su superioridad espiritual sobre el titán del Norte.

Es verdad que vosotros tenéis más riqueza económica, más orden político, más energía práctica, más poder ante el mundo; pero nosotros poseemos en más alto grado, y queremos depurar y acrecentar, aquellas virtudes espirituales de la cultura que son la verdadera y superior finalidad del hombre, y que constituyen la herencia preciosa de nuestra tradición humanista. Tal era, en suma, la conciencia y el rumbo que “Ariel” señalaba a los latino-americanos. Aquella respuesta tenía el valor de una revelación, el poder concitativo de una bandera; y por tal, fué acogida en nuestros países con admiración y entusiasmo inmensos.

“Ariel” fué la palabra que se alzó en la desorientación y abatimiento de aquella hora, en que todo parecía imponer la supremacía total de los Estados Unidos — convirtiéndose en el *santo y seña* de la resistencia latina al positivismo yanqui. Rodó fué entonces, y por un cuarto de siglo, el *maestro* de esa resistencia intelectual; y “Ariel” el símbolo del latino-americanismo.

PROCESO INTELECTUAL DEL URUGUAY

No menor fué el éxito que "Ariel" obtuvo en España, por cierta analogía de circunstancias. No está muy en los gustos y en el carácter hispanos, ese eclecticismo renaniano y ese armonioso esteticismo que informan el opúsculo del joven escritor uruguayo; pero "Ariel" significaba una voz propicia a España, en medio al general desprestigio en que la vieja Metrópoli había caído ante el concepto de las repúblicas americanas, si ya de antes captadas por la influencia intelectual de Francia, en parte también deslumbradas por el imperio del positivismo sajón. "Ariel" es, ciertamente, mucho más francés que español; pero implica por modo indirecto una defensa de España tanto como de Hispano-américa, y por lo que ambas tienen de común.

Así lo reconoce Leopoldo Alas, en el artículo consagratorio que en la prensa madrilleña dedicó al Ensayo del escritor platense, al decir que "*Ariel*" *aconseja a la juventud hispano-latina que no se deje seducir por la sirena del norte; que el ideal clásico y el ideal cristiano deben guiarla, sin que deje de ser moderna y progresista.* "Como se ve, lo que Rodó pide a los americanos latinos — concreta Clarín — es que sean siempre lo que son... es decir, españoles, hijos de la vida clásica y de la vida cristiana".

La crítica de Rodó a los Estados Unidos, era así mismo, — y por venir de la América hispana — una halagüeña consolación para el dolor patriótico de España, que acababa de ser vencida en la guerra con el titán atlántico, perdiendo a Cuba, su última posesión en América... Y es así que, al par del ya citado Alas, Menéndez y Pelayo, Juan Valera,

ALBERTO ZUM FELDE

Adolfo Posada y otros críticos españoles de los más prestigiosos en su tiempo, encomian y celebran el opúsculo del joven escritor uruguayo.

Tales son, en verdad, los motivos históricos que determinan el éxito rotundo de "Ariel", acierto indudable en su hora, cualesquiera sean los valores de permanencia que la crítica posterior niegue o reconozca. Mas, a esos motivos de orden social-histórico, objetivos, por así decirlo, habría no obstante que agregar uno de índole puramente espiritual, aunque necesariamente relacionado con la época: "Ariel" aportó, a su manera, un elemento de idealidad moral y estética, — al frío y seco positivismo científico de la hora.

La Hora histórica del Espíritu era, en efecto, para América, de puro positivismo. Nada había sino ruinas o sombras, fuera de la ciencia experimental y de las teorías que pretendían formular un concepto científico del mundo. Spencer era el Pontífice de la Hora. Y para completar la desolación de los latino-americanos, Francia, su Maestra, su Mentora, parecía haber perdido todo poder directivo ante la preponderancia conquistada por el positivismo de cuño sajón.

Cierto que, en el horizonte del Mundo se alzaba tan formidable titán como Nietzsche; pero Nietzsche era algo demasiado fuerte y terrible para la mayoría de los latino-americanos, y más en aquel tiempo; sus ideas eran bombas de dinamita, que sólo se atrevían a manejar algunos tipos revolucionarios. Además, aun no había pasado por Francia; y la mentalidad latino-americana, no puede, en general,

PROCESO INTELECTUAL DEL URUGUAY

digerir nada alemán que no haya sido previamente peptonizado en la Sorbona.

En tal situación Rodó trajo a América el espíritu armónico y gracioso de Renán, cuyo culto de la Ciencia no era incompatible con el culto estético del helenismo ni con la sentimentalidad cristiana. El espíritu de Renán transfundido en "Ariel", venía a poner una sonrisa amable y espiritual en el árido rostro del Positivismo spenceriano, y a coronar de rosas paganas la frente descarnada de la Ciencia. Así "Ariel" abrió en el frío laboratorio que era entonces la filosofía, un amplio ventanal hacia un jardín, donde zumbaban las doradas abejas y donde paseaban serenamente "los dialoguistas radiantes de Platón".

Y así fué "Ariel", para los américo-latinos, como el pozo de frescura y el gajo de dátiles en el desierto; a la sombra de sus párrafos armoniosos, la caravana intelectual levantó su tienda.

Y a más de ello, "Ariel" curó a los sud-americanos de otra angustia: el magisterio intelectual de Francia estaba restablecido...

*

* *

Alocución que el maestro Próspero dirige a sus alumnos, al terminar el curso, "Ariel" se compone de tres partes, además del exordio, en que Próspero exalta el valor de trascendente responsabilidad moral que la juventud debe sentir ante la vida, cuya más alta esperanza de renovación y de superación le está confiada.

ALBERTO ZUM FELDE

En la primera parte se hace la defensa de la personalidad integral del hombre —según el tradicional concepto humanista— contra la especialización profesional absorbente en un solo sentido; — y la del ocio noble de los griegos, que es decir la especulación filosófica y la contemplación estética desinteresadas, frente a la concepción meramente o preponderantemente utilitaria y práctica de la vida.

En la segunda parte, prolongación complementaria de la primera, se hace la defensa de las minorías y las jerarquías espirituales contra la tendencia niveladora de la Democracia moderna, procurando, empero, conciliar el principio del gobierno democrático de los Estados, con los valores selectivos de la individualidad, mediante un utópico equilibrio.

Renán se había pronunciado por el despotismo tutelar de las aristocracias intelectuales; Rodó, reconociendo como hecho incontrovertible el democratismo político y social en estos países de América — aspira a que el gobierno de esas aristocracias intelectuales no sea despótico, sinó que se armonice con la práctica del régimen republicano; quiere en suma, conciliar el régimen de las mayorías populares soberanas, con la función directiva de las minorías selectas, no proponiendo empero, forma alguna positiva para llegar a tal solución. Vuelve en cambio, a invocar, para unir las en un abrazo ideal — tal como ya lo hiciera en la primera parte — las dos corrientes tradicionales de la cultura latina: la cristiana, con su sentimiento de amor fraterno y de humana igualdad, y la clásica, con sus normas de orden y jerarquía.

PROCESO INTELECTUAL DEL URUGUAY

Estas dos primeras partes, son sólo como exposición de ideas generales que han de convergir y hallar su aplicación concreta en la tercera, la mejor del libro, donde aparecen los Estados Unidos como expresión formal de los grandes errores que en principio se venían combatiendo: el sentido utilitario y meramente práctico de la vida, y la democracia niveladora de la cultura.

Después de reconocer las virtudes que en el orden de la civilización positiva presentan los Estados Unidos — a los que *admira pero no ama* — el autor constata que esa civilización está carente sin embargo, de las más íntimas y preciosas cualidades de una alta cultura, en el sentido *humanista*: por cuanto han quedado en ellas relegadas y, en general, casi excluídas, las idealidades estéticas, filosóficas y aun las científicas puras, que constituyen los dones del espíritu; aquellos poderosos Estados serían la encarnación de esa *democracia niveladora*, de ese *utilitarismo práctico*, y de ese *profesionalismo absorbente*, de los que Próspero aconseja abominar y apartarse a sus jóvenes discípulos latino-americanos.

*

* *

Durante más de veinte años, “Ariel” colmó las aspiraciones de la conciencia américo-latina, siendo como su evangelio. El numen alado y gracioso, en la actitud de emprender el vuelo, se alzó frente al mundo, y frente a los Estados Unidos,

ALBERTO ZUM FELDE

como el símbolo exhaustivo de todo sentido de cultura y de todo destino histórico. Escritores de todo el continente, en libros y discursos, han glosado sus conceptos, invocado la autoridad de sus citas, y usado de epígrafe sus frases.

Pero, la generación que ha llegado después, ha empezado a sentir ciertos vacíos en el fondo del libro; y sus concepciones ya no han resultado suficientes. A este respecto son fuertemente sintomáticos los párrafos que anotamos en seguida. Perteneció el uno a un escritor uruguayo que, en sus primeros años y a tiempo de morir Rodó, era uno de sus más fervientes discípulos, el señor Gustavo Gallinal, quien, en artículo publicado en el volumen 5.º de "La Pluma", revista uruguaya, con fecha marzo de 1928, declara: "Ahora, al volver a Rodó después de esta penumbra, para el maestro tan lleno de vislumbres y presentimientos luminosos de inmortalidad, su figura armónica y serena resurge a nuestros ojos en quietud pensativa de estatua. Si los motivos de admirarlo no subsisten idénticos, tales como los formulamos en una hora fervorosa de nuestra adolescencia, si al golpear de nuevo para hacerlas resonar algunas de sus cinceladas ánforas, nos ha respondido el ruido del vacío; si hemos puesto sordina a muchos de nuestros entusiasmos no razonados, más allá de toda crítica, más allá de toda negación parcial, el sentimiento de admiración y respeto por su figura de pensador y de artista, aun alienta en nosotros, cálido y cordial".

Aun cuando el ilustrado escritor cuya frase transcribimos, se esfuerza por mantener el tono apologético de su discurso, percíbese en él algo co-

PROCESO INTELECTUAL DEL URUGUAY

mo la dulce y melancólica sombra de un gran amor juvenil sobreviviendo en el corazón de la desilusión del entendimiento.

Pertenece la otra declaración más franca y decidida aún, al grupo de estudiantes que, constituido algunos años atrás, en pleno imperio rodoniano, tiene por nombre "Ariel", nada menos, garantizando tal bautismo su culto inicial por el Maestro. "Sometiendo la obra de Rodó — dicen, en la revista que es órgano de su Centro, y con fecha de 1928 — a la experiencia de una veraz y entrañable relectura, ¿qué impresiones recibimos? Desde luego, sentimos que su adoctrinamiento no había realmente tocado nuestra profundidad espiritual; tan solo había seguido, sin vigorizarlo, el vago perfil de un idealismo de adolescencia. Habríamos de confesar que la doctrina del maestro, está ausente del proceso de nuestra definición personal, y ajena a nuestra fervorosa participación en el sentido histórico del tiempo que vivimos". "La unidad de vivencia que Rodó suscitara en nosotros, notamos hoy que consistía en una penetrante sugestión estética y en una emoción de vaga idealidad". "¿Cómo explicar esta desconcertante revelación? ¿Por una función de los acontecimientos actuales?; ¿por esa carencia de originalidad en el ideario de Rodó, que hizo de su pensamiento un tributario de la filosofía francesa de mitad del siglo pasado?; ¿acaso por falta de vehemencia en el tono de su acción magisterial? Ninguna de estas preguntas agota la primera; son insuficientes o bien secundarias. Busquemos la explicación decisiva en el módulo mismo de la doctrina de Rodó, es

ALBERTO ZUM FELDE

decir, en el sentido que éste nos da de la vida”. “La dinámica de nuestros gestos no puede ensayar la sonrisa amable y serena en que se expresa el idealismo de Rodó. El Maestro ha dejado de ser una presencia viva y activa en nuestra formación espiritual”.

Las dos opiniones transcriptas, proceden de dos sectores opuestos de la intelectualidad uruguaya: de uno de los grupos más selectos y avanzados de la nueva generación, ésta; del seno de la burguesía doctoral y conservadora, aquélla, donde el culto magisterial de Rodó se mantiene con cierta solemnidad académica. Y por converger, dada su diferencia de origen, ambas opiniones resultan muy significativas en cuanto a la posición de la conciencia americana con respecto a Rodó.

*

* *

Casi toda la crítica de “Ariel” acerca de los Estados Unidos, el utilitarismo dominante en su civilización, su uniforme nivelación democrática, la chatura de su educación intelectual, la vulgaridad de su arte y su literatura, su carencia general, en fin, de los valores culturales del *humanismo*, se mantiene en pie, con pocas variantes. Y pese al pronóstico lírico de Walt Witmann en su respuesta a los críticos del Viejo Mundo, treinta años después de aparecido “Ariel” un propio intelectual yanqui, Waldo Frak, de universal renombre, ha formulado contra su país críticas coincidentes y aun más severas que las de Rodó.

PROCESO INTELECTUAL DEL URUGUAY

No es, pues, en este punto, donde "Ariel" ha perdido actualidad, al menos en sus términos generales; sino en lo que atañe a su propia posición de antagonista intelectual del titán económico. El titán está siempre ahí, con sus mismas virtudes y sus mismos defectos, pero más poderoso e influyente hoy que ayer; y la América latina siente, también hoy más que ayer, la necesidad de definir y defender su personalidad frente al hecho norteamericano, imperioso.

Pero no se trata sólo de la actitud política de los países de esta latino-américa, frente al fenómeno *biológico* del imperialismo yanqui, que es expansión económica ante todo; como que tampoco se trataba, en "Ariel", únicamente, ni principalmente, de esa actitud. Se trataba y se trata de algo más esencial y permanente — e independiente hasta cierto punto del problema yanqui —: los valores mismos intrínsecos de nuestra cultura, nuestro sentido de la vida y de la historia, nuestro concepto y nuestra actitud como pueblos y como individuos. El problema fundamental es ese que pudiéramos llamar el problema de los valores; el de nuestra actitud respecto a los Estados Unidos es derivado. Y precisamente es en este primero, fundamental, donde "Ariel" ha empezado a ser considerado insuficiente.

Lo que ocurre es, hasta cierto punto, un fenómeno cultural-histórico: el estado de conciencia dominante a fines del siglo pasado y en el primer cuarto del presente, tiende a cambiar en su textura; ha cambiado ya, en gran parte. Se ha emprendido una vasta y profunda revisión en los

ALBERTO ZUM FELDE

valores intelectuales, predominantes en la época anterior; revisión no sólo literaria, desde luego, sino ante todo filosófica, y que atañe por tanto a lo esencial de la *cultura*, a todos sus contenidos y sus formas.

Y así, desde las nuevas posiciones de la conciencia se ha empezado a comprender — y a *sentir* — que el *idealismo* de “Ariel”, careciendo de una firme base metafísica, es un producto demasiado *literario*.

Su posición filosófica no se sostiene, fuera de su tiempo. ¿Puede ser hoy, Renán, guía de las nuevas generaciones? ¿Puede nuestro tiempo hallar en el autor de “El Porvenir de la Ciencia” el sentido de los valores? No, ciertamente; Renán — sumo intelectualista y diletante — es hoy sólo un valor histórico; así Rodó, que en él formó sus normas y cuya actitud filosófica es la misma.

El idealismo de Rodó era sólo un Positivismo vestido de literatura humanista; y como tal positivismo que era, en el fondo — pues no llega en Metafísica más allá de Spencer — su filosofía carece de últimas razones y de un último sentido de la vida, siendo su profundidad sólo un vago vacío. “Ariel” no ofrece a la juventud americana, como ideal y como norma, más que un amable diletantismo intelectual, — un *armonioso* divagar sobre tópicos literarios — insuficiente para llenar las necesidades del espíritu contemporáneo.

En la torre egregia de su Parábola — aquella donde el Rey, apartándose de la vida exterior se recogía y encerraba para estar solo con su conciencia más profunda, *en la última Thule de su al-*

PROCESO INTELECTUAL DEL URUGUAY

ma, — ¿qué hallaba el Rey?... “Pensar, soñar, admirar; he ahí los nombres de los sutiles visitantes de su celda”. Visitantes, en verdad, demasiado vagos y sutiles. Para la generación que había visto derrumbarse todos los dogmas religiosos y todos los sistemas metafísicos, y que con el Positivismo evolucionista de Spencer había renunciado a toda idea trascendente, quedándose solo con una explicación mecánica de la Vida, esos visitantes de la celda interior, de que habla la parábola de “Ariel”, podían tener una virtud animadora, o ser, al menos, una consoladora presencia. Pensar, soñar, admirar, vagos huéspedes, sombras apenas del Espíritu, sobrevivientes incorpóreos del Humanismo, era todo lo que había quedado a la conciencia de esa generación crepuscular.

Mas, para la generación que llegó a la vida cuando ya el Positivismo intelectualista se requebrajaba y desmoronaba en una crisis fatal, para la generación que ha visto a través de esas enormes grietas, abrirse otra vez los horizontes de la Metafísica y ha vuelto a experimentar dentro de si, en un renacimiento espiritual, el sentido de lo profundo — los visitantes aquellos de la Parábola le resultan ya demasiado vagos y sutiles: fantasmas, nada más que fantasmas del Espíritu, sin sustancia.

*

* *

Tiene con frecuencia, el discurso de Próspero en “Ariel”, algo de aquella severidad del alma estoica que iluminó de un frío resplandor el fin del

ALBERTO ZUM FELDE

mundo antiguo; pero, jamás el calor vital y animador de una gran fé, de un gran ideal, de una gran esperanza. Un creer sin creer, un esperar sin esperar, un marchar sin rumbo; todos los caminos de "Ariel" terminan perdiéndose en la nada. Su fe, su esperanza, su esfuerzo, son como la eterna y vana ilusión de la novia aquella de Guyau — símbolo que también emplea Rodó, en su libro — vistiendo todos los días su traje de desposada, en la espera del prometido que no llega jamás ni se sabe si existe. Género de estoicismo idealista, sería en todo caso, vacío y desolado en el fondo, como todo estoicismo; tanto más vacío y desolado, cuanto que, ni siquiera supone, como el antiguo, la existencia del Alma.

No podía Rodó ofrecer lo que no tenía; ni podía ofrecerle su época; pues, al fin, el reproche que las nuevas generaciones pueden hacer a "Ariel", es extensivo y común a la filosofía intelectualista de sus maestros. El valor filosófico de Rodó ha declinado junto con el ocaso de su época.

Por lo demás, débese constatar que el arielismo, como norma de sentido y cultura, no fué nunca más que palabras; bellas palabras, si se quiere, que tuvieron la virtud de ilusionar a la intelectualidad américo-latina; pero que — como es lógico, dada su naturaleza — carecieron de toda virtud efectiva en cuanto a oponerse a la conquista de estos países por el poderío económico y político de los Estados Unidos.

Pues, a aquella carencia de fondo metafísico que hoy hace ya, del arielismo, un producto meramente literario, se auna su carencia de contextura

PROCESO INTELECTUAL DEL URUGUAY

científica. Si su doctrina es insuficiente en el plano espiritual, no lo es menos en el plano sociológico. Ningún problema está encarado sobre el terreno de los factores positivos, sean psicológicos o económicos. El *hombre* de que se trata en "Ariel" es un ente abstracto; desconocía Rodó, puro escritor de gabinete, al hombre *real*, al hombre *vivo*; no era un psicólogo. Tampoco, y en el mismo sentido, era un sociólogo; nunca estudió los fenómenos de la realidad social.

En 1900, cuando Rodó escribió "Ariel", el yanki era sólo un problema intelectual; en 1930, es un problema práctico; el capital de los Estados Unidos ha conquistado una gran parte de esta América, y prosigue la conquista del resto.

Hay países enteros — de soberanía más nominal que efectiva — que están en manos de las grandes empresas yankis, y cuya política interna y externa, es manejada desde las oficinas de Wall Street.

Tanto frente a aquella demanda moral como ante este constante y creciente empuje avasallador, son demasiado débiles los sutiles huéspedes de la torre rodoniana; se requieren elementos más fuertes, inspiraciones más profundas, ideales más concretos.

Así, los requerimientos prácticos se aúnan a los requerimientos espirituales, para determinar el ocaso de "Ariel", como evangelio laico de la América Latina.

ALBERTO ZUM FELDE

No es tampoco, aclaremos, que esta generación posterior, haya encontrado un evangelio nuevo, ni siquiera un rumbo definido, concreto. El puesto de Rodó está aún vacante. La situación actual es tanto o más huérfana y angustiosa que aquélla. En verdad se encuentra sin palabra y sin camino; pero el camino y la palabra de "Ariel" ya no le sirven. La cátedra de Próspero va quedando vacía y silenciosa, sin que aun se haya alzado frente a ella la nueva cátedra.

Ariel es un símbolo envejecido; pero el nuevo símbolo no ha nacido todavía. La juventud, sin maestro ni guía, se dispersa otra vez, llena de profundas inquietudes y de presentimientos confusos, semejante a aquella *caravana de la decadencia* que, antes de aparecer "Ariel", escrutaba los horizontes...

*

* *

Poco habría que agregar, a lo dicho con respecto a "Ariel", refiriéndonos a "Motivos de Proteo". Libro fragmentario en su composición, *abierto a una perspectiva indefinida*, dice el autor — como todo libro de su género— aun que de íntima unidad éste en su pensamiento y en su estilo, gira todo él en torno de los mismos conceptos fundamentales de las dos primeras partes de "Ariel"; esto es: el culto de las idealidades intelectuales del Humanis-

PROCESO INTELECTUAL DEL URUGUAY

mo greco-latino, el heroísmo estético, la amplitud ecléctica y tolerante del juicio y de la conducta; y por sobre todo, la capacidad de una libre renovación constante de la propia vida; todo lo cual define a “Motivos de Proteo” como un libro de alta didaccia moral.

Prolongación ideológica y literaria de “Ariel”, cuya misión sería nutrir y corroborar sus principios — adolece este libro, como tal, del mismo vacío interior, de la misma carencia de fondo metafísico, de la misma ausencia de razones finales; y acúsase en él, más aun si cabe que en “Ariel” — y no obstante su tono de mayor austeridad magisterial — ese puro diletantismo estético-moral en que fatalmente se agitó la progenie intelectual de Renán, heredando los caracteres paternos. Ello determina la fatal marchitez de sus valores filosóficos, si bien quedan en su integridad los literarios.

Lo que contiene este libro de más valor permanente, es, en efecto, la obra del artista: sus parábolas. Páginas tales como “La Despedida de Gorgias”, “La Pampa de Granito”, “Los Seis Peregrinos”, “Leuconoe”, donde el artista creador que había en Rodó ha dado formas plásticas y dramáticas al pensamiento, encarnándolo en imágenes simbólicas, y labrándolos como poemas en prosa, son páginas de alta categoría literaria, que perdurarán entre las mejores que hayan producido las letras hispano-americanas. Nunca se lamentará bastante que todo “Motivos de Proteo” no haya sido escrito en parábolas.

En contraste con esas felices creaciones formales, hay también en el libro muchas páginas mo-

ALBERTO ZUM FELDE

nótonas y pesadas, en las cuales el concepto carece de vitalidad y el estilo es fatigoso a fuer de fría corrección. Al lado de aquellas otras, tan fuertes y graciosas, de las Parábolas, éstas parecen esos fríos yesos de academia comparados a los torsos vivientes de Miguel Angel.

En conjunto, — y exceptuando, al par de algunas otras páginas, esas Parábolas, que son quizá lo mejor que Rodó ha escrito — “Motivos de Proteo” no alcanza la significación doctrinaria de “Ariel”, siendo como su proyección en un campo más extenso de glosa y de comentario.

*

* *

En “El Mirador de Próspero”, reaparecen el historiador y el crítico de letras que permanecían casi inéditos desde los tiempos de “La Revista Nacional”. Gruesa recopilación de diversos escritos y discursos, informes y artículos, sus dos grandes estudios sobre Juan Montalvo, y sobre Juan María Gutiérrez y su Epoca, es lo más importante del volumen.

Ha sido Rodó — aparte de sus otras cualidades — el crítico literario más completo que ha habido hasta ahora en América. Así como el filósofo procedía de Renán, el crítico procede de Taine. Aplicando a la literatura americana el método positivo que el autor de “La Filosofía del Arte”, en consonancia con la evolución mental de su siglo, elevó a la categoría de disciplina científica, Rodó realizó

PROCESO INTELECTUAL DEL URUGUAY

los estudios más serios y más amplios que se hicieran hasta entonces en nuestro medio.

De acuerdo con tal disciplina, que daba preponderante influjo sobre la obra del escritor o sobre su acción cultural a los factores geográfico-sociales y étnico-históricos, es decir, analizando con criterio determinista, Rodó traza, en ambos trabajos citados, el más completo cuadro de las condiciones ambientes en que la labor de esos escritores didácticos se produjo. Esa pintura de ambiente natural e histórico, es lo que valoriza especialmente tales trabajos. El estudio sobre Montalvo, contiene una tan perfecta evocación del medio físico y social del Ecuador en su época, que a muchos parecía imposible que Rodó hubiera podido escribir tales páginas sin conocer directamente aquel país. Sólo lo conocía, empero, por sus lecturas. Y páginas son esas de tan vigoroso colorido y tan ajustado concepto, que por sí solas valen una reputación de escritor. En verdad, esa evocación histórica es el mayor interés de este trabajo.

“Juan María Gutiérrez y su Epoca” es, asimismo, un completísimo estudio sobre el romanticismo platense y sobre el problema del americanismo literario, que los románticos plantearon, al menos desde el punto de vista social.

Le es superior, sin embargo, en cualidades, el trabajo sobre Montalvo, de fecha muy posterior, y producto ya de mayor madurez, pues que el otro data de la primera época del autor, habiendo sido publicado, en parte, en la “Revista Nacional”, tres lustros antes. Con todo, ambos estudios son — con aquel sobre Rubén Darío — como capítulos de una

ALBERTO ZUM FELDE

vasta Historia Crítica de la Literatura Americana, que Rodó, mejor que ninguno, pudo y debió escribir; y hubiera sido monumento de vida más imperecedera que otros de sus escritos.

También contiene este volumen su ensayo sobre Bolívar. Perjudica algo al valor definitivo de este trabajo — y desde el punto de vista capital de la crítica histórica — el carácter francamente apologético que le fué dado, exagerando un poco, acaso, el concepto mítico del héroe carlyleano, hasta agigantar hiperbólicamente la figura. El Bolívar de Rodó resulta, a veces, más un mito heroico que una realidad histórica.

Mas, lo peor es que, en concordancia con esa hipérbole conceptiva del personaje — algo romántica, desde luego, y rara en Rodó, que tuvo siempre entre sus virtudes el sentido de la medida clásica — el tono de esa apología es también algo pomposo, y hasta enfático por momentos; y, desde luego, oratorio; otro fenómeno raro en Rodó, cuyo estilo huyó siempre de la sonora elocuencia tribunicia. En conjunto, el ensayo sobre Bolívar tiene el tono de un gran discurso académico, con las virtudes y los defectos propios de este género de piezas.

*

* *

Fué Rodó un estilista, en el sentido más neto y riguroso del término; vale decir, un escritor que hace del estilo un arte en sí, independientemente del contenido, trabajándolo en dura disciplina.

PROCESO INTELECTUAL DEL URUGUAY

Se han escrito en América, prosas en general más ricas que las de Rodó: la de Lugones, por ejemplo; más enérgicas y sonoras: la de Montalvo; más jugosas, coloridas y patéticas: la de Sarmiento; más castizas y señoriales: la de Larreta. Pero no se ha escrito en América prosa de línea más severa y armoniosa que la de Rodó.

Esa prosa de Rodó, que une en feliz equilibrio la gravedad y la gracia, la justeza y la eurytmya, prosa siempre clara sin mengua de su aristocracia, siempre pulcra sin desdoro de su severidad, prosa apolínea, en suma, es la expresión formal necesaria del propio espíritu que la anima.

La psicología de un escritor está en el estilo, tanto o más, quizás, que en el concepto. La impetuosa combativa y la serenidad estoica, la exquisitez cortesana y la guaranguería plebeya, la sabiduría prudente y la necia pedantería, cada cual tiene su estilo; y refleja en el estilo sus cualidades de modo más íntimo y seguro que en las ideas. El estilo es una expresión psíquica más personal y más esencial que las ideas, porque es expresión de caracteres. Las ideas son extrínsecas y cambiantes; pero los caracteres son permanentes e intrínsecos; las ideas provienen del Intelecto, pero el estilo viene de la sangre. Claro está que hay caracteres comunes y anodinos; pero la correcta vulgaridad también tiene su estilo.

Así, la gracia que corona la gravedad, en la prosa de Rodó, como un capitel corintio una columna marmórea, expresa ese culto suyo del estetismo helénico, alzándose sobre la severidad moral de su

ALBERTO ZUM FELDE

magisterio. Y ambas tendencias son inherentes a su personalidad.

Se ha comparado en España, la prosa de Rodó, a la de escritores hispanos de corte académico, como Valera. Las influencias españolas en su estilo son, sin embargo, mucho menores que las francesas. Es con la prosa de Renán que la de Rodó tiene íntimo parentesco, como tiene íntimo parentesco su ideología. Idénticas son sus cualidades con excepción de la ironía, tan fina en Renán, y de la cual Rodó carece. Acaso la prosa de Rodó sea también más trabajada, más *flaubertiana*. Recuerda, asimismo, en algo, a Saint-Víctor.

Nada menos espontáneo, menos fluente, que el estilo de "Ariel" y de "Motivos de Proteo". En una página titulada "La gesta de la Forma", hizo él mismo, una vez, el elogio de la prosa trabajada como un orfebre trabaja sus joyas o sus ánforas, de la ardua selección del vocablo y del giro, silenciosa Iliada de la pluma "cuyo Homero pudo ser Gustavo Flaubert".

No sabemos si Rodó llegó a levantarse a media noche, insomne y febril, para corregir un adjetivo. Pero alguno de sus amigos más íntimos, — Pérez Petit, su compañero en los tiempos de "La Revista Nacional" — nos ha referido el secreto de esa labor tenaz y paciente del estilista.

"Tiene el modo más original de escribir: Hace su estudio o artículo mentalmente, distribuye el plan, combina las grandes líneas, apunta las ideas generales. Andando por la calle medita sobre ello. A veces, sobre un punto determinado, le ocurre una observación: la anota en papeles que lleva en el

PROCESO INTELECTUAL DEL URUGUAY

bolsillo. Otras veces, de pronto, algo le sugiere una imagen: la apunta en el puño de la camisa. Otro día descubre el adjetivo adecuado que inútilmente había andado buscando: y llena el hueco que dejara, a propósito, en una de sus apuntaciones, trazadas en el dorso de una tarjeta de visita. Y sigue reflexionando. Al fin se decide a trasladar al papel el artículo o el capítulo. Escribe entonces a grandes rasgos, dejando espacios en blanco que rellenará luego con todas las notas y apuntes que tiene en el puño de la camisa, en el dorso de la tarjeta, en un sobre, en el reverso de un libro o una revista, en cualquier parte. Concluído este primer esbozo, empieza el trabajo de *cimentación*, como él dice: expulgar del escrito todo lo que huelga, y agregar todo lo sólido que falte. Ya está el trabajo en pie bien cimentado. Luego, ¿está concluído? No, ahora es que empieza la labor del artífice, ahora viene lo más rudo de la tarea, el minucioso examen gramatical, la elección de los vocablos sinónimos, el pulimento de la frase, la substitución de unos calificativos por otros, el pequeño golpe que da suprema elegancia a todo un cuerpo escultural. Las páginas se van llenando de testaturas, de enmiendas, de entrerrenglones, de líneas que suben y bajan para alcanzar las márgenes del papel y señalar un texto agregado. A poco todo aquello parece un laberinto, el mapa de un pensamiento incoherente, un capricho infantil. A veces, cuando la labor ha sido ruda y muy numerosas las enmiendas, el escritor no tiene más remedio que sacar otra copia de las páginas más trabajadas. ¿Ya está todo concluído? Todavía no. El artículo va a las cajas, es cierto, pero los

ALBERTO ZUM FELDE

cajistas no sospechan lo que les aguarda. Cuando Rodó se lleva una prueba a su casa, nadie sabe lo que va a suceder. La gesta de la forma se reanuda en el silencio de su gabinete, y el papel empieza otra vez a llenarse de signos, de vocablos nuevos, de frases enteras enmendadas o rehechas. Da a corregir aquello y pide: “prueba de 2.^a”. Para arrancarle luego esta segunda prueba hay que perseguirlo como a un deudor. Nunca se decide a entregarla, porque siempre tiene alguna duda, o busca una nueva corrección, o teme haber descuidado algo. Así anda con el bendito papel en el bolsillo días y días...”

Género de estilo es éste, sin embargo, asaz propenso, por su propio extremo de perfección verbal, a la frialdad parnasiana; y, lo que es peor, a la correcta monotonía académica, defecto en que cae a poco que falten en él el vigor del pensamiento o la gracia espiritual. El academismo del estilo literario — como el academismo de las artes — es aquella perfección formal, pero despojada de sus virtudes internas.

En general, la prosa de Rodó se sostiene en ese difícil punto de equilibrio que armoniza la elaboración prolija con la justa elegancia del giro, y la perfección escultórica con el movimiento de la vida. Es en “Ariel”, sin duda, donde ese equilibrio se realiza más plenamente, sosteniéndose en todas sus páginas. En tal sentido, “Ariel” es un libro sin tacha; obra de estilista, perfecta. “Motivos de Proteo” es, en cambio, el libro donde aparecen más frecuentemente aquellos defectos. Ciertamente que hay también, en este libro, páginas de alta perfección ar-

PROCESO INTELECTUAL DEL URUGUAY

mónica; pero abundan las páginas en que la prosa se torna fría, monótona, pesada.

En el ensayo sobre Bolívar, Rodó, aun conservando en parte las cualidades características de su estilo, se ha apartado mucho, como ya observamos, del tono mesurado que le es habitual, para adoptar a menudo el énfasis oratorio, como si soplara entre sus frases aquel viento romántico que agita la capa del Libertador, y arremolina la hinchada retórica de su famoso Sueño del Chimborazo.

En el estudio sobre Montalvo, la prosa intelectualista de Rodó, siempre más cerca del mármol que de la carne, (del mármol, dijo que era "la carne de los dioses"), y más cultora del dibujo que del color, adquiere cierto realismo pictórico, cierta sensualidad de colorido que en sus otros trabajos no tiene, respondiendo acaso al carácter de la materia misma que trata.

Por sobre todo ello, y para cerrar este esquema de su personalidad, anotemos que Rodó ha sido el escritor de más amplia y equilibrada cultura que ha tenido el Uruguay hasta el presente; el crítico y ensayista de mayor fuste intelectual y de más categórica representación en su época; el prosista de más depurada forma y dominio de la palabra; y, en fin, la única figura de nuestras letras — y de las letras americanas — que traspasando las fronteras nacionales, ha ejercido en toda América, por un cuarto de siglo, el alto magisterio de la cultura.